

PAU MARTÍNEZ FARRERO

**LA INCOMUNICACIÓN
VIRTUAL**

Colección Caleidoscopio



Índice

Agradecimientos	9
Introducción	11
Capítulo 1 - Hablar para encontrarse	17
<i>El lenguaje funda el mundo de los significados</i>	17
<i>El primer acuerdo</i>	21
<i>Palabras para nombrar</i>	23
<i>Los juegos del lenguaje</i>	27
<i>Una gramática del amor</i>	32
<i>La retórica</i>	34
<i>La dialéctica</i>	37
<i>Hablar y escuchar</i>	40
<i>La soledad cartesiana</i>	42
<i>No hay pensamiento sin lenguaje</i>	46
<i>El ser del lenguaje</i>	53
<i>¿Quién es el que habla?</i>	56
<i>¿Dónde está el que habla?</i>	59
<i>En el límite del mundo</i>	62
<i>Sostenido por su nombre propio</i>	64
<i>El reconocimiento del Otro</i>	66
<i>El habla del inconsciente</i>	69
<i>Hablar y decir</i>	75

Capítulo 2 - El encuentro con los otros	79
<i>El encuentro en el ágora</i>	79
<i>El desencuentro</i>	86
<i>La reclusión</i>	96
<i>Un intento de reencuentro</i>	100
Capítulo 3 - La comunicación virtual: un falso encuentro	101
<i>La realidad virtual</i>	101
<i>La relación del sujeto con la naturaleza física</i>	104
<i>Descartes frente Aristóteles</i>	108
<i>Comprender al sujeto</i>	111
<i>El sujeto desvirtuado</i>	113
Conclusión	115
Nota al lector	123

Introducción

Imaginemos el siguiente experimento. La señorita A vive en Europa y el señor B en el continente americano. Son profesores de Comunicación en las universidades de sus respectivas ciudades. Ambos trabajan en un proyecto que investiga las diferencias que existen entre la comunicación virtual y la comunicación cara a cara, no obstante, solo se conocen por Internet. Han decidido encontrarse en un hotel en Japón, pero planean hacerlo de un modo peculiar.

El día señalado la señorita A llega a dicho hotel y se instala en la habitación 215. Una hora más tarde, tal como habían acordado, llega el señor B y se aloja en la 217, que es contigua a la de la señorita A. A las cinco de la tarde, hora local, la señorita A se acomoda en una silla, a un metro de distancia del tabique que separa ambas habitaciones y mirando hacia él. El señor B hace lo mismo, de tal modo que si derribaran ese tabique se hallarían sentados el uno frente al otro a poco más de dos metros de distancia.

Han dotado las habitaciones con aparatos electrónicos de alta sensibilidad que registran la imagen y el sonido. Sin moverse de la silla la señorita A se coloca unas gafas de realidad virtual y unos auriculares, que reproducen la imagen y el sonido de lo que ocurre en la habitación del señor B, con una definición tal que la señorita A no puede distinguir si se trata de la imagen y voz reales del señor B, o de sus proyecciones virtuales. Lo averigua porque al levantarse de la silla e ir hacia él para estrecharle la mano, se golpea contra el tabique. El señor B hace lo mismo. Ambos mantienen una larga conversación contemplando la imagen y escuchando la voz del otro por medio de las gafas y los auriculares, con la impresión de que entre ellos no existe ninguna pared que los separe. Transcurrida una hora la señorita A se retira dichos instrumentos, recoge sus enseres, abandona la habitación y en la puerta del hotel toma un taxi para dirigirse al aeropuerto del Oeste y volar hacia Europa. Media hora más tarde lo hace el señor B, con la salvedad de que su vuelo parte desde el aeropuerto del Norte hacia el continente americano.

¿Podemos afirmar que la señorita A y el señor B mantuvieron un *encuentro* en el hotel en Japón? Intentaremos resolver esta pregunta a lo largo de las páginas que siguen.

El objetivo del presente libro es investigar si la comunicación virtual es una forma de *encuentro* entre las personas, como es la comunicación cara a cara. Entendemos por *encuentro* aquella experiencia específicamente humana, de naturaleza lingüística, que hace nacer y crecer el vínculo interpersonal y social. Según Aristóteles muchos animales son gregarios pero solo el ser humano está dotado de lenguaje, y eso lo convierte en un ser cívico por naturaleza, un ser que logra convivir con sus semejantes mediante la comunicación de palabras

y pensamientos.¹ Efectivamente, la imagen de un vagón de metro de una gran ciudad, abarrotado de pasajeros a una hora punta, que viajan en silencio y sin hablarse, no ilustra lo que entendemos por *encuentro*.

Entre los animales comunicar consiste únicamente en transmitir señales informativas, como son por ejemplo los ritos de apareamiento, y está al servicio de sus necesidades biológicas. En los seres humanos, en cambio, la comunicación no solo cumple una misión informativa, ya que hablando y dialogando se *encuentran* entre sí. Habitualmente decimos que las personas se encuentran para poder hablar, pero en realidad ocurre a la inversa: las personas hablan para poder *encontrarse*, ya que entre los seres humanos el *encuentro* es una experiencia eminentemente lingüística.

Hasta finales del siglo XIX la proximidad física entre dos personas era condición necesaria para poder hablar. Si alguien explicaba haber conversado con otra persona se sobreentendía que ambas habían coincidido físicamente, del mismo modo que damos por hecho que para contemplar una exposición de pintura es necesario que en el museo haya luz. Pero la invención del teléfono brindó la posibilidad de conversar sin la presencia física de los interlocutores, y los avances científicos y técnicos han conseguido que la comunicación virtual se haya convertido en nuestros días en un auténtico fenómeno social. Por este motivo es necesario preguntarse: conversar a través del espacio virtual, ¿es también una forma de *encuentro* interpersonal y social? Para que dos o más personas puedan *encontrarse*, ¿es suficiente que hablen y conversen virtualmente, o también es necesaria

1. Aristóteles, *Política*, Ed. Tecnos, Grupo Anaya, Madrid, 2004, § 1253a; y Aristóteles, *Ética a Nicómano*, Gredos, Madrid, 2010, § 1170b.

su presencia física? ¿Participar en una comunidad virtual socializa del mismo modo que una comunidad real?

El fenómeno de la comunicación virtual reabre el antiguo dilema que plantea el dualismo antropológico, es decir, la relación que existe entre lo anímico y lo corpóreo, y que antaño enfrentó el pensamiento moderno de Descartes con la visión clásica de Aristóteles. Aristóteles consideraba que el alma reside en el cuerpo y que alma y cuerpo son realidades inseparables. Descartes, en cambio, defendía la independencia del alma respecto del cuerpo. El fenómeno de la comunicación virtual, que permite conversar con personas que se hallan a kilómetros de distancia, parece haber dado la razón a Descartes, pero existe una serie de observaciones que lo ponen en duda: ¿Cuántas palabras, promesas, ofensas, se pronuncian o escriben a través del espacio virtual que jamás se dirían en presencia del interlocutor? ¿Cuántos malentendidos se producen en la comunicación virtual, y por qué a veces resulta tan difícil aclararlos? ¿Por qué alguien puede mostrarse tan diferente en la pantalla digital de su interlocutor a lo que en realidad es? ¿Por qué sigue existiendo la soledad si el ciberespacio está repleto de «amigos»?; si permanentemente estamos intercomunicados, ¿por qué sentimos nostalgia de los familiares o amigos que han ido a vivir a otro país? Estas preguntas cuestionan el hecho de que la comunicación virtual sea verdaderamente una forma de *encuentro* entre las personas. Las tomaremos como punto de partida en la investigación que nos proponemos realizar.

La comunicación virtual es un medio eficaz para transmitir información. Gracias a ella podemos hablar diariamente con familiares y amigos a miles de kilómetros de distancia, o intercambiar información en cualquier momento y lugar

del día. Y hay muchas personas mayores o con dificultades de movilidad para quienes la comunicación virtual, como por ejemplo la telefonía, representa su principal forma de interrelación. Pero, insistimos, ¿la comunicación virtual es realmente una forma de *encuentro* con los demás?

El primer paso de nuestra investigación consistirá en demostrar que los seres humanos se *encuentran* unos a otros cuando hablan, dialogan y conversan, en definitiva, cuando se comunican. Por este motivo el título del primer capítulo es: «Hablar para *encontrarse*».

Pero antes de adentrarnos en él intentemos reflexionar sobre una situación cada vez más cotidiana: el señor C está sentado a la mesa junto a sus familiares celebrando el aniversario de uno de ellos. Ha colocado su teléfono móvil a la derecha de su plato y continuamente pasea la mirada por encima de la pantalla, sin dejar por ello de participar en la conversación con los demás. De repente se da cuenta de que ha recibido un mensaje de texto, y comprueba que corresponde a un amigo, el señor D, que vive en la misma ciudad pero a quien hace tiempo que no ve. El señor C le contesta con otro mensaje y en cuestión de segundos aparece uno nuevo del señor D. Durante quince minutos el señor C y el señor D establecen un diálogo mediante mensajes de texto, haciendo que el señor C se ausente, no de la mesa, pero sí de la conversación en la que siguen envueltos sus familiares, que ignoran con quién se está comunicando ni de qué están hablando. ¿Podemos afirmar que esos mensajes de texto han servido para que el señor C y el señor D se *encuentren*? Si al terminar nuestra investigación al final de este libro llegamos a la conclusión de que la comunicación virtual no representa una forma de

encuentro con los demás, ¿significará que, como fenómeno social, la comunicación virtual está logrando que las personas se alejen de las verdaderas formas de *encuentro* y se aíslen unas de otras?